



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Para Anna
Morgan



Las grandes leyendas
de la
MITOLOGÍA
GRIEGA



Adaptación de Nicolas Cauchy
Ilustraciones de Morgan

Traducción del francés de
Ana Romeral Moreno



Siruela

Las Tres Edades



ÍNDICE

LOS DOCE TRABAJOS
DE HÉRCULES
p. 9

EL VIAJE DE ULISES
p. 53

ÍCARO Y DÉDALO
p. 99

TESEO Y EL MINOTAURO
p. 143

JASÓN Y EL VELLOCINO DE ORO
p. 187







Los doce trabajos
de **Hércules**





Los doce trabajos
de **Hércules**



Prólogo

En otro tiempo, los griegos vivían en armonía con los dioses inmortales, y no era de extrañar ver a un rey conversando tranquilamente con alguno de ellos.

Es más, con frecuencia los dioses se enamoraban de mujeres que vivían en la tierra. Fue así como nació Hércules, el héroe más famoso de toda Grecia. El pequeño Hércules no era un niño como los demás. Cuando nació, estranguló con sus manos a dos enormes serpientes que trataban de morderlo y todo el mundo vio claramente que era hijo de Zeus, dios de dioses. Pero entonces, ¿quién era su madre? ¿Hera, la terrible esposa de Zeus? No. Su madre era Alcmena, una mortal de extraordinaria belleza. Traicionada y humillada, Hera sintió un odio feroz hacia Hércules y lo persiguió durante toda su vida. Pero aun así, él creció y su fuerza se hizo tal que se adoptó la costumbre de decir «fuerte como Hércules».

Pero, por desgracia un día, enloquecido —se dice que fue Hera quien lo volvió loco—, Hércules mató a lo que más quería en este mundo: a su mujer y a sus tres hijos. Sumido en el dolor, consultó un oráculo, que le reveló la forma de ser perdonado por su crimen:

«Irás a casa de Euristeo, tu primo, y acatarás todas sus órdenes».

Y ese es el origen de sus doce trabajos.

Hay que decir que, en aquella época, el primogénito tenía una autoridad absoluta sobre los demás miembros de la familia. No obstante, Euristeo había nacido solo unos días antes que Hércules gracias a un ardid de

Hera, quien había retrasado el parto de Alcmena. De este modo, Hércules se veía sujeto a su primo, al que debía obediencia. Pero a pesar de ser de la misma familia, no podían ser más distintos: si Hércules era valiente y orgulloso, Euristeo era cobarde, perezoso y malvado. Por nacimiento, y no por su valor, era el rey de Micenas.

Por eso, cuando vio que su primo franqueaba las puertas de la ciudad, y sabedor de su gran fuerza, a Euristeo le entró miedo y se sirvió del oráculo para imponer a Hércules doce trabajos irrealizables y peligrosos, con la esperanza de que pereciera.



El león de Nemea

Desde hacía varios años, la ciudad de Nemea, situada en la costa de Micenas, vivía sumida en el terror: un feroz león devoraba a sus campesinos. Atacarlo con un arco no servía de nada, ya que su piel era tan gruesa que ninguna flecha podía atravesarla. Así que Hércules talló una enorme maza de olivo antes de dirigirse a Nemea. Al llegar a la entrada de la cueva donde vivía el león, lo llamó a voces.

«¡Mira tú que suerte! —pensó el león—. ¡Pero si es mi cena la que me llamas!».

Comprobó uno a uno el estado de sus zarpas y de sus dientes, rugió de placer ante la idea del festín que disponía a darse y brinco fuera de la cueva.

Pero, en lugar de la cena, lo que recibió fue un tremendo golpetazo en la cabeza. Nadie en su lugar habría sobrevivido a la maza de Hércules —notaba su frente muy magullada—, pero aquel león era tan fuerte que consiguió, incluso aturdido como estaba, retirarse.

—¡Cobarde! ¡Gallina! ¡Sal de una vez de ahí! —gritó Hércules desde la entrada de la cueva.

«Sí, saldré —pensó el león—, pero por el otro lado (ya que su cueva contaba con una salida secreta). ¡Y me abalanzaré sobre ti cuando menos te lo esperes!».

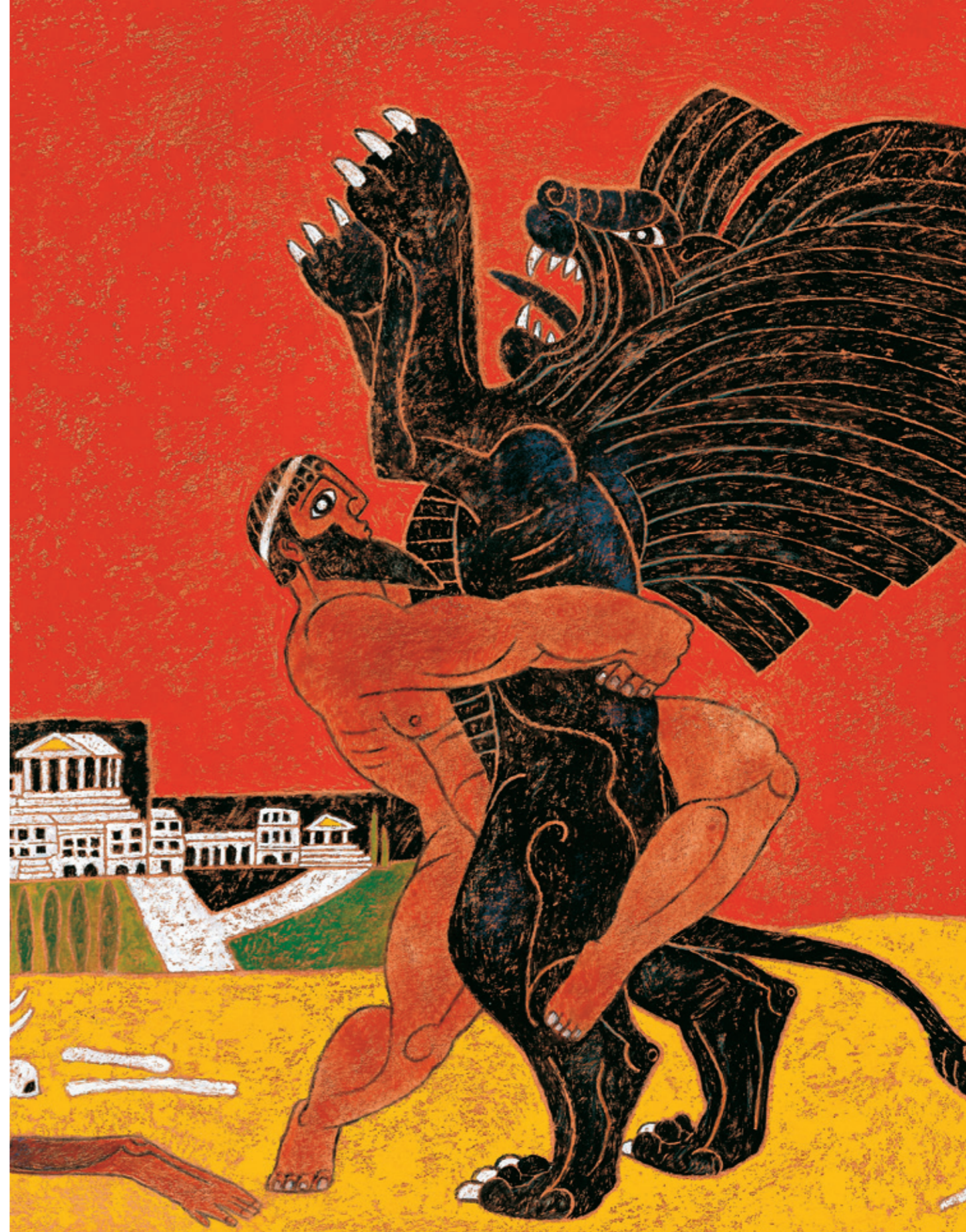
Y dicho esto, se adentró en las profundidades de la cueva, sigiloso como un gato. Pero Hércules, que conocía la salida secreta, había tomado la precaución de taponarla con una roca. Furioso, el león soltó un terrible rugido.

—¡Ahora se va a enterar de lo que es bueno, ese maldito Hércules!

Pero Hércules, que lo había seguido, se había quedado justo detrás de él.

—Si es a mí a quien buscas, ¡aquí me tienes!

No hubo más intercambio de palabras. Con las zarpas fuera y los belfos levantados dejando ver el largo filo de sus colmillos, el león saltó sobre Hércules, que lo esquivó pegando un brinco a un lado. Llevado por su ímpetu, el león se golpeó la cabeza contra una roca, justo en el mismo lugar donde había recibido el mazazo. Aprovechando que



había quedado medio aturdido por el golpe, Hércules lo agarró por la garganta. Apretó y apretó y volvió a apretar tanto que lo ahogó. Cuando Hércules soltó a su presa, la lengua del león colgaba y tenía los ojos desorbitados: estaba muerto. Hércules lo des- pellejó, se cubrió con su piel, que ahora le hacía igualmente inmune a las flechas, y le llevó la carcasa a su primo.

Hércules le dijo:

—¡Es una carcasa! ¡Está muerto!

Pero Euristeo no quiso ni acercarse.

—A partir de ahora —le dijo—, no franquearás las puertas de la ciudad, sino que depositarás tu botín a los pies de la muralla.



II

La hidra de Lerna

Lejos, al sur de Micenas, en las ciénagas de Lerna, vivía una hidra de nueve cabezas que envenenaba con su aliento al ganado y devoraba a los viajeros que se habían perdido.

—La tienes que matar —dijo Euristeo—. Esta es tu segunda prueba.

Hércules, que quería sorprender dormida a la hidra, se acercó por el pantano sin hacer ruido, pero fue en vano: una de sus nueve cabezas nunca dormía y, nada más verlo, despertó a las otras ocho.

¿Quién, aparte de Hércules, habría podido mantener semejante combate, teniendo en cuenta que debía aguantar la respiración para no acabar envenenado? Su espada volaba en todas direcciones, golpeando las mandíbulas de la hidra, resbalando por sus húmedas escamas; pero hay que reconocer que, más que atacar, se defendía. Finalmente, gracias a su destreza, consiguió cortar una de las cabezas. Pero en su lugar brotaron otras dos cabezas ¡incluso más terribles y temibles! Hércules, que empezaba a sentirse cansado, gritó a su sobrino, que le había acompañado y se mantenía apartado:

—¡Yolao! ¡Coge una antorcha y ven aquí!

Hércules había cortado cuatro cabezas, pero estas habían vuelto a aparecer. ¡Ahora la hidra contaba con dieciocho! Pero cuando consiguió cortarle de nuevo el cuello, Yolao cauterizó la cicatriz con el tizón encendido, para que ninguna cabeza volviera a brotar. La hidra, furiosa, gritó de dolor: ya solo le quedaba una cabeza. Ahora bien, se supone que esta era inmortal. Hércules la cortó y la metió bajo una enorme piedra tan pesada que ella no la pudo levantar. La hidra había dejado de existir.

